

fortalezas no conservables serán demolidas para que no puedan servir de refugio á los enemigos. Al acercarse las bandas armadas que vagan por el reino, las gentes del país llano deberán refugiarse en las villas fuertes, y no pagarán en tal ocasión ninguna entrada ni salida, ni derechos de ninguna especie. Las villas cerradas, sobre todo las que están en los pasos de los ríos, se guardarán con gran cuidado. Menos de tres meses después de la ordenanza, Esteban du Moustier, uno de los mejores servidores de Carlos V, partía para visitar las fortalezas de cinco diócesis de Normandía.

En 1370, en el momento en que va á empezar la campaña contra los ingleses en el mes de marzo, las órdenes para la inspección de las fortalezas son aún más rigurosas que en 1367. A pesar del celo de los inspectores, el rey encontraba que las plazas no se ponían bastante á prisa en estado de defensa. Juan le Mercier no cesó de ir y venir de Normandía para atender á la buena conservación de las fortificaciones. En la primavera de 1378, está «á orillas del mar del lado acá del Seda,» en Ruán, en Dieppe, en Harfleur; de allí pasa por Honfleur, Caén, Bayeux, Saint-Lô y Saint-Sauveur. En los dos años siguientes, nuevas visitas de inspección á las plazas normandas en los meses de agosto y de septiembre. La visita de las fortalezas llega á convertirse en un servicio anual.

Entre los numerosos trabajos de fortificaciones que se ejecutaron entonces, los más importantes se hicieron en París. La ciudad había desbordado fuera de las viejas murallas de Felipe-Agusto; había sido preciso en varias ocasiones destruir los arrabales ó dejarlos saquear por los enemigos. Se empezó un nuevo recinto por el lado del Norte, con torres rectangulares, cortinas, puertas y fosos, á partir de 1367. Hugo Aubriot, cuando llegó á ser preboste de París, llevó la construcción con rapidez, y los trabajos habían casi terminado en la orilla derecha, á fines del reinado. Al Este se levantaba una gran fortaleza, el Castillo ó nueva Bastilla Saint-Antoine, para defender la entrada de la ciudad por aquel lado como el Louvre la defendía al Oeste.

Carlos V se cuidó de la marina tanto como del ejército. Era dueño de las costas de Picardía y de Normandía, y las conquistas de 1371 y 1372 le entregaron las de Poitou y de Saintonge; tenía á su disposición algunos grandes puertos, como Dieppe, Harfleur, Ruán, La Rochela: eran éstos otros tantos elementos de una potencia naval. El rey supo aprovecharlos.

La dirección de los trabajos y de las operaciones marítimas correspondía «al almirante de mar,» á los vicealmirantes y capitanes de mar. El almirante tenía facultades considerables sobre las costas, en los puertos y el mar, precisadas en la ordenanza de 7 de diciembre de 1373 y el reglamento de 30 de agosto de 1377: la marina de guerra y la marina mercante estaban sometidas á su autoridad en tiempo de paz y en tiempo de guerra; tenía y hacía ejercer en su nombre la jurisdicción en todas las causas referentes á la marina. En 1373, Carlos V echó mano, para desempeñar dicho cargo, de un hombre de primer orden, digno de colocarse al lado de Du Guesclin, Juan de Vienne.

Juan había nacido en el ducado de Borgoña, cerca de Besançon. El heroico capitán que en 1347 había defendido á Calais contra los ingleses era su tío. El

mismo combatió valientemente contra los ingleses, los navarros, las compañías, en Borgoña, en Francia, en Bretaña, en Poitou, en Guiena, en Normandía. Espíritu aventurero, había tomado parte en una cruzada contra los turcos en 1366, á orillas de los Dardanelos y del Bósforo. Cuando fué almirante no tenía aún treinta y cinco años. Juan de Vienne fué, por lo demás, muy bien secundado: desde hacía más de veinte años, Esteban de Moustier, á título de comisario para la guarda y gobierno de las naves, de capitán de Horfleur y, finalmente, de vicealmirante, se ocupaba del armamento, de la inspección de los navíos y de la defensa de las costas. El rey le llamaba de buen grado para informarse del estado de «su navío.» Du Moustier era una especie de comisario general de la armada. Otros mostraron excelentes cualidades en el mando, como Renier Grimaldi, los hermanos Montmor, ó en la dirección de los arsenales, como Ricardo de Brumare.

Bajo el nombre de «Clos de Galées» existía hacia tiempo en Ruán un arsenal real, adonde los mayores navíos de aquel tiempo podían remontar con la marea; allí no era de temer ningún ataque de los enemigos. Los almacenes del arsenal estaban situados de cara á la ciudad, á orilla izquierda del río. Los rodeaba un foso en comunicación con el Sena, que servía de estanque para los navíos. Carlos V devolvió la actividad á los astilleros, muy abandonados en el reinado precedente. El maestre del «Clos de Galées» fué en adelante un personaje de importancia, provisto de extensos privilegios y cuyo sueldo se elevaba á 500 francos en oro; mandaba todo un ejército de maestros constructores y de obreros. El arsenal era á la vez almacén de provisiones y taller de construcción. Todo lo que era necesario al armamento de los navíos debía guardarse allí en cantidades considerables: cabrestantes, timones, remos, mástiles, poleas, áncoras, sebo, alquitrán, estopa, plomo, cordaje, maderas, cañones. Los talleres marítimos estaban en gran actividad; á partir de 1370 hubo siempre varios navíos en construcción.

Carlos V, desde el principio de su reinado, quiso en seguida reconstituir una gran escuadra real; pero sus primeros esfuerzos no tuvieron un resultado duradero. Juan de Vienne tuvo casi que recomenzarlo todo. Cuando fué nombrado almirante, de nueve navíos construídos recientemente, cinco habían sido desarmados por consecuencia de averías y aguardaban reparación; los almacenes estaban otra vez desprovistos. Tres años después, en 1376, el almirante pudo hacer botar al agua diez grandes barjas de un nuevo modelo, imitación de las galeras españolas; su elevación sobre el agua era mayor, y su tonelaje (cerca de trescientas toneladas) más fuerte que el de las barjas normandas. En la primavera de 1377, treinta y cinco buques de guerra, provistos de un armamento completo, se hicieron á la mar. A estos buques de línea se añadió un mayor número de barcos de dimensiones más reducidas, lo que hizo en conjunto ciento veinte embarcaciones. En 1379 reinaba aún la mayor actividad en los arsenales de construcción y de reparación; diez y ocho bateles *flambarb*, ó barjas de pequeñas dimensiones, eran completamente renovados y se botaban al mar cuatro grandes barjas y otras cuatro pequeñas. Durante varias campañas se juntaron á la flota francesa los buques españoles que el

rey de Castilla, en virtud de los tratados, ponía á la disposición del rey de Francia. La costa inglesa de la Mancha, desde 1377 á 1380, se vió constantemente amenazada: Rye, Rottingdeau, Folkestone, Portsmouth, Farnmouth, Pool, Hastings, Fowey, fueron saqueados é incendiados, y hubo pánico en Londres.

Así, gracias á la inteligencia y á la sabiduría del rey, á la capacidad de servidores tan adictos y á la buena voluntad de un reino que fué siempre dócil á quien supo gobernarlo bien, la Francia, al salir de grandes perturbaciones, después de grandes desastres, recobró las fuerzas de que tenía necesidad para la guerra inevitable.

## CAPÍTULO IV

### EL DESQUITE DEL TRATADO DE CALAIS (1)

I. Ruptura del tratado de Calais.—II. Las alianzas.—III. Du Guesclin condestable.—IV. La conquista del Poitou.—V. Guerra y treguas.—VI. Asuntos de Navarra y de Bretaña.—VII. La muerte de Du Guesclin.

#### I.—Ruptura del tratado de Calais (2)

El tratado de Calais se había ejecutado, bien ó mal, en la mayoría de sus partes esenciales. Sin embargo, se había descuidado el cumplimiento de una cláusula que no parecía de una gran importancia.

Se ha visto que la renuncia definitiva de los dos reyes á los territorios y á los derechos que mutuamente se cedían, como asimismo la ratificación de la paz, no debían hacerse hasta después de la entrega efectiva de esas tierras y esos derechos. Se había convenido una prórroga para cambiarlos, y el último plazo, que los ingleses cometieron el error de creer suficiente, se había fijado para San Andrés, el 30 de noviembre de 1361, un poco más de un año después del establecimiento del tratado definitivo de Calais. Pero el rey de Inglaterra se encontró metido en un callejón sin salida; en lucha con toda clase de dificultades para cumplir sus propios compromisos, dejó que los franceses fuesen retardando la operación de la entrega de los territorios. El día de San Andrés de 1361, su representante principal, Chandos, aún no había tomado posesión del Limousin, del Périgord, del Querci y del Rouergue. Si en aquella fecha se hubiesen cambiado las renuncias, el rey de Francia hubiera podido considerar como terminada la ejecución del tratado y negarse á abandonar lo que faltaba

(1) FUENTES.—Véanse las indicadas en la página 470 y además la *Chronique du bon duc Loys de Bourbon*, edición Chazaud, 1876. Rymer, *Fœdera, conventiones... inter reges Angliæ et alios quosvis imperatores, reges, etc.*, edición de la Haya, III, 1740.

OBRAS DE CONSULTA.—Denifle, *La guerre de Cent Ans et la désolation des églises en France*, I, 1899. C. Benoist, *La politique du roi Charles V*, 1886. Terrier de Loray, *Jean de Vienne*, 1878. Moranvillé, *Etude sur la vie de Jean le Mercier*, 1888. De la Roncière, *Histoire de la marine française*, II, 1900. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, IX, 1885.

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Petit-Dutaillis et Collier, *La Diplomatie française et le traité de Brétigny*, «Moyen Age, nouvelle série,» 1897. Moisant, *Le Prince Noir en Aquitaine*, 1894. Rouquette, *Le Rouergue sous les anglais*, 1887. Clément-Simon, *La rupture du traité de Brétigny et ses conséquences en Limousin*, 1898. Breuils, *Jean I d'Armagnac*, «Revue des Questions historiques,» LIX, 1896.

entregar aún; no habiéndose cambiado los derechos de jurisdicción y de soberanía sobre los países cedidos á los ingleses, seguían perteneciendo al rey de Francia tal como los había tenido hasta 1360. El rey de Inglaterra, entre dos males, escogió el menor: pasó el término fijado sin que hubiera cambio de renuncias ni de ratificaciones. Es cierto que los ingleses podían invocar las letras de 27 de julio de 1361, por las cuales el rey Juan había ordenado á los habitantes de los países cedidos que rindieran homenaje al rey de Inglaterra; pero justamente el redactor de aquella acta había insertado en la misma una pequeña reserva, que entonces no había levantado ninguna protesta: «Salvo y reservado á nos el derecho de soberanía y suprema jurisdicción hasta que se hayan hecho las renuncias.» Así, hasta nueva orden, el rey de Francia podía reivindicar, sobre los países cedidos, esos derechos de jurisdicción y soberanía, que mantenían al rey de Inglaterra, con respecto á dichos países, en la condición de vasallo. Juan *el Bueno*, desconocedor de las sutilezas jurídicas, estuvo á punto de conceder al rey de Inglaterra las renuncias y ratificaciones; pero murió sin haberlo hecho.

Carlos V tenía otro carácter que su padre; tenía un medio de negar la validez del tratado y no era hombre para desperdiciarlo. Eduardo III sospechaba las intenciones del nuevo rey: á partir de 1366 demostró recelo y mala voluntad.

La ocasión que esperaba el rey de Francia se presentó por el lado de la Guiena en 1368. La expedición á España había sido ruinosa para el gobierno del príncipe de Gales: fué preciso pedir á los habitantes nuevos subsidios, y á este objeto se reunió á los Estados, primero en Saint-Emilión, en octubre de 1367, y después en Angulema, en enero de 1368, en los cuales se estableció por cinco años un fogaje de diez sueldos por hogar. Pero los diputados de varias ciudades no habían podido asistir á las asambleas á causa de las compañías, que dominaban en las campiñas, y algunos poderosos barones se habían abstenido de presentarse en ellas, entre otros Juan de Armagnac. A éste, que era ya su acreedor por 200.000 florines, el príncipe le pidió que dejara pasar el impuesto sobre sus tierras: Juan de Armagnac se excusó diciendo que su pobreza era tan grande que él y los suyos «no tenían qué comer;» que tenía una hija por casar; en fin, que había consultado largamente «á los más grandes eruditos del mundo, los más sabios en divinidad, en decretos y en leyes:» todos aprobaban que se negara á la demanda del príncipe. Si se ha de dar crédito á Juan de Armagnac, el príncipe de Gales no respondió á sus excusas más que con amenazas brutales; y el rey de Inglaterra, á quien se dirigió, y el príncipe, al cual recurrió de nuevo, «permanecieron siempre en su duro propósito.» Entonces, no teniendo otro recurso, decidió en abril de 1368 apelar al rey de Francia, como legítimo soberano del país, y otros señores gascones le imitaron. De esto iba á salir la guerra.

En seguida, después de haber hecho llegar la apelación á su destino, Juan de Armagnac marchó hacia París, acompañado de señores gascones en gran número. La corte de Francia les hizo gran fiesta; el rey les obsequió con festines y justas y les hizo regalos. Por otra parte, en mayo, Arnaldo Amanieu, señor de Albret, el más rico y más orgulloso de los barones de Gascuña,

caso con la hermana de la reina de Francia. En 1.º de junio prometió combatir á los enemigos del rey, y recibió 10.000 francos de oro y una renta anual de 4.000 libras tornesas. Armagnac, en 30 de junio, en su nombre y en nombre de sus adherentes, concertó un tratado secreto, por el cual el rey prometía su protección á todos los que habían apelado á su justicia, confirmaba los privilegios de la Guiena, garantizaba á sus aliados contra toda especie de fogaie durante diez años, y daba su fe y su palabra de rey de que no abandonaría jamás los derechos soberanos por los cuales los señores gascones arriesgaban sus personas y sus tierras; por su parte, los gascones juraban reconocer siempre esta soberanía, se prohibían toda paz particular, y prometían ayudar y servir al rey, hasta fuera de la Guiena. Al día siguiente, 1.º de julio, Juan de Armagnac recibía dominios en Gascuña, el condado de Bigorre y diversas otras ventajas, todas las cuales habían de conquistarse en tierra inglesa. Los gascones marcharon de la corte de Francia, largamente provistos de oro y de honores.

Sin embargo, el rey de Francia quería ganar tiempo. Empleó en exponer sus derechos las formas más lentas. Juan de Armagnac había interpuesto su apelación hacía más de dos meses cuando se tomó la primera decisión en consejo, en 30 de junio de 1368; treinta y siete individuos del mismo votaron la admisión; pero este acuerdo se mantuvo secreto. Al mismo tiempo Carlos V hacía consignar en una Memoria todos los argumentos que intentaba producir y todas las infracciones de la paz que pudieran recogerse á cargo de Eduardo III. Su tesis era que el rey de Francia no había, propiamente hablando, renunciado á la soberanía y á la jurisdicción; había solamente dejado en suspenso el uso de las mismas, subordinando su abandono definitivo á condiciones que no se habían cumplido; luego la apelación de Juan de Armagnac era legítima. Esta argumentación hacía decir al duque de Lancáster: «Nuestro adversario no es un sabio príncipe, no es más que un abogado;» á lo que Carlos V respondió: «Si somos abogados, les promoveremos un pleito tal que la sentencia les va á fastidiar.»

El rey de Francia tardó once meses en romper oficialmente con los ingleses. En 18 de noviembre de 1368 tomó públicamente bajo su salvaguardia á los señores que habían apelado á su soberanía. Al día siguiente, las letras que emplazaban al Príncipe Negro ante el Parlamento para el 2 de mayo de 1369 estaban ya redactadas, pero el rey las guardó en su poder. En fin, en diciembre reveló sus intenciones en letras escritas á los señores y villas de Querci y de Rouergue. Al mismo tiempo pidió al conde de Flandes que publicara la decisión que había tomado relativa á la apelación de los gascones, á lo cual se negó el conde de una manera bastante brusca. En 28 de diciembre de 1368 se reunió una asamblea compuesta de cuarenta y ocho personas de las más notables del reino. En ella se declaró por unanimidad que el rey podía y debía admitir la apelación de los barones de Gascuña, y que no hacerlo sería pecado mortal.

Entonces fué cuando se enviaron al príncipe de Gales las letras de emplazamiento. Juan de Chaponval y Bernardo Palot, el uno caballero y el otro juez de lo criminal en Tolosa, se presentaron en Burdeos en el

mes de enero de 1369. «Cuando el príncipe hubo oído esta letra, quedó más asombrado que antes y miró de través á los dos referidos franceses.» Después dijo: «Iremos de buen grado á París, puesto que nos está mandado por el rey de Francia; pero será con el capicete en la cabeza y sesenta mil hombres en nuestra compañía.» Los dos mensajeros fueron encerrados en la cárcel.

Hacía varios meses que se producía un gran movimiento contra los ingleses en sus dominios del Mediodía. Después de la entrega de los territorios, la dominación inglesa se había establecido sin dificultad; al principio no había sido rigurosa; pero la instalación del príncipe de Gales en Burdeos, el fausto de su corte, su expedición á España habían costado mucho, y el país, cuyas cargas se habían agravado, estaba descontento. Juan de Armagnac, que había regresado al Mediodía en septiembre de 1368, había ido á todas partes á despertar las simpatías francesas. El duque de Anjou, lugarteniente del rey en Tolosa, había escrito á las ciudades que habían pasado á ser inglesas, y abogado cerca de las mismas en favor de la causa del rey de Francia. El arzobispo de Tolosa, Godofredo de Vayroles, y su hermano Gaucelín le habían secundado. Los ingleses se quejaban de los emisarios franceses que aparecían en todas partes y de las defecciones que se preparaban.

Desde mediados de septiembre de 1368, en efecto, la ciudad y el burgo de Rodez se adhirieron á la apelación de los señores gascones. En el mes de noviembre, Archambaud, conde de Périgord, reconoció la soberanía del rey de Francia, y mediante una muy crecida cantidad le prometió su concurso. Hábilmente solicitados, los nobles de Rouergue siguieron el ejemplo de los países vecinos; muchos de entre ellos fueron á ponerse á sueldo del duque de Anjou ó de Juan de Armagnac. Cahors, inducido por el arzobispo de Tolosa, se adhirió á la apelación en 15 de enero de 1369. En 18 de marzo, según una lista de la época, más de ochocientas localidades se habían reunido á la soberanía francesa, y esa lista seguramente no es completa. Excepto algunas villas, entre ellas Montaubán y Millau, el Armagnac, el Rouergue, el Querci, una parte de la Gascuña, desde la primavera de 1369 denunciaron el tratado de Calais en la parte que les concernía. Ciertamente los intereses lastimados por las nuevas cargas contribuyeron mucho á este movimiento, pero parece indudable que hubo entonces en el Mediodía una manifestación de sentimiento francés.

El duque de Anjou, desde fines de 1368, había reunido hombres de armas y contratado jefes de compañías, de los cuales muchos habían venido del Langüedoc y algunos pocos de Italia. Los Estados del Langüedoc, reunidos en fin de febrero de 1369, votaron el dinero necesario para la terminación de los preparativos. El duque de Anjou, para animarlos á todos, anunció la entrada en campaña de Du Guesclin. El duque de Berri fué nombrado lugarteniente del rey para los asuntos de la guerra en Berri, Auvernia, Bourbonnais, Forez, Turena, Anjou, Maine y Normandía. En las fronteras de la Turena y del Poitou, que dependían de su mando, los hombres de armas franceses se pusieron en movimiento.

El príncipe se preparaba por su parte, pero estaba

entonces, como dice Froissart, «lleno de hidropesía y de enfermedad incurable que había contraído en España,» y no podía cabalgar. En el mes de diciembre de 1368 había hecho volver á Chandos de Saint-Sauveur-le-Vicomte, y le había enviado á Montaubán, á la entrada del Rouergue, en el punto más amenazado. Los jefes de las compañías que habían peleado en España á las órdenes del príncipe, seguían á su disposición. En los primeros días de enero de 1369, antes que los dos reyes hubiesen cambiado sus desafíos, ingleses y franceses habían venido á las manos en Rouergue; el hijo de Juan de Armagnac tomaba la Roquevalsergue; el 17 de enero los ingleses eran derrotados en Mont-Alazac y unas compañías francesas se apoderaban de Roquecezière. Si Millau no hubiese resistido, todo el Rouergue hubiera sido reconquistado.

Al Norte, en los primeros meses de 1369, uno de los consejeros íntimos de Carlos V, Guillermo de Dormans, marchaba hacia el Ponthieu de villa en villa. Allí estaba preparado un complot contra los ingleses. El 29 de abril, unos burgueses de Abbeville abrieron las puertas á una fuerza de seiscientos lanzas mandada por el conde de Saint-Pol y el maestre de los ballesteros. En ocho días Rue, el Crotoi, Valeri y todo el Ponthieu, excepto Noyelle, estaban en poder de los franceses.

Sin embargo, los dos reyes aún negociaban cortésmente. En 24 de diciembre de 1368, Carlos V envía á «su muy querida y amada hermana» la reina de Inglaterra excelentes quesos de Francia; y al rey, en 26 de abril de 1369, cincuenta pipas de vino. Pero esta vez el regalo le fué devuelto. Por fin, en 9 de mayo, acompañado de la reina y del canciller, el rey de Francia celebró una asamblea de Estados generales en la cámara del Parlamento. Diez y ocho prelados y cinco príncipes de la casa real se encontraban presentes. El canciller y después su hermano Guillermo de Dormans expusieron la causa del conflicto y demostraron el buen derecho del rey. Después Carlos V se levantó, y «por su boca» dijo á todos que «si vieses que hubiese hecho cosa que no debiese, que lo dijese y él corregiría lo que había hecho.» Se habían concedido á la asamblea un día y dos noches para reflexionar y preparar su dictamen. Desde el día siguiente, los oradores de los tres Estados, «todos de común acuerdo, cada uno por su boca, respondieron que el rey había hecho razonablemente lo que había hecho y no lo debía ni podía rechazar.» El 11 de mayo por la mañana Carlos V hizo leer las respuestas y declaraciones que pensaba enviar al rey de Inglaterra, y fueron aprobadas. Se ordenaron plegarias y procesiones en todo el reino; el rey asistió á ellas en París con gran humildad. Finalmente, en 21 y en 25 de mayo dirigió al rey de Inglaterra cartas que equivalían á un desafío, y el 3 de junio Eduardo III volvía á tomar el título de rey de Francia.

## II.—Las alianzas (1)

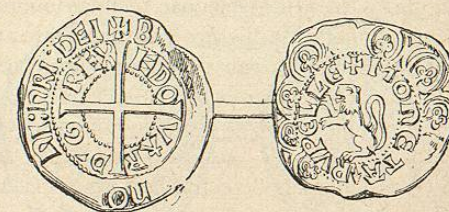
El rey de Francia, que era un gran negociador, había buscado aliados.

Importaba mucho que la alianza de los flamencos

(1) OBRAS DE CONSULTA. — D. Plancher, *Histoire de Bourgogne*, III, 1748. Kervyn de Lettenhove, *Histoire de Flandre*, III, 1847. Le Glay, *Histoire des comtes de Flandre*, II, 1843.

con los ingleses, que había sido tan peligrosa para el reino en tiempo de Felipe VI, no se renovara. Ahora bien: el rey no estaba tranquilo por este lado al ocurrir su advenimiento. El conde Luis de Maële no quería exponerse á los infortunios que había causado á su padre su fidelidad al rey de Francia, y por otra parte, no amaba á Carlos V; se inclinaba, pues, hacia Inglaterra, pero Carlos había resuelto ganárselo á todo precio.

Luis de Maële no tenía más que una hija, Margarita, heredera de los condados de Flandes, de Borgoña, de Artois, de Nevers y de Rethel. Era viuda de Felipe de Rouvres, el último duque de Borgoña. Su mano había sido, naturalmente, muy solicitada. Hasta la muerte del rey Juan el conde de Flandes no se había atrevido á dar curso á un proyecto de matrimonio entre su hija



Moneda de Eduardo III, acuñada en la Rochela

y un hijo de Eduardo III, Aymón, conde de Cambridge; pero en seguida después del advenimiento de Carlos V pareció tener mucha prisa en celebrar esta unión. El rey pidió al papa que le ayudara á romperla, y Urbano V puso en ello mucho celo. Aymón de Cambridge y Margarita de Flandes eran parientes en tercer grado; Urbano denegó á Eduardo toda dispensa, revocó las que se habían concedido, y ordenó á los arzobispos de Cantorbery y de Cambrai que prohibieran la celebración del matrimonio. ¡Y este mismo papa había autorizado la unión del duque de Bar y de María de Francia, parientes en el mismo grado! En fin, Aymón y Margarita quedaron desligados de todos los juramentos que habían podido hacerse, y se les declaró libres para concertar matrimonio con cualesquiera otras personas.

En el puesto y lugar del conde de Cambridge Carlos V hizo proponer á su propio hermano Felipe, duque de Borgoña. Felipe de Francia había sucedido á Felipe de Rouvres en su ducado; parecía natural que le reemplazara cerca de Margarita de Flandes. Luis de Maële negó su consentimiento, y el rey de Francia tuvo que hacer intervenir á madama de Artois, condesa viuda de Flandes. Un día, si se ha de creer lo que dice un cronista alemán, después de haber rogado inútilmente á su hijo, «se quitó dicha señora el manto y abrió su vestido por delante y cogió la mama derecha en su mano, y después dijo á su hijo: «Yo, como condesa de Artois, os ruego y os mando que hagáis la voluntad del rey, y aquí está mi teta con la cual os amamanté; y prometo á Dios que si no hacéis la voluntad del rey y la mía, que en seguida la cortaré, á pesar vuestro, y la echaré á los perros, y no disfrutaréis jamás del condado de Artois.» El

Vernier, *Philippe le Hardi, duc de Bourgogne, son mariage avec Marguerite de Flandre*, «Bulletin de la Commission historique du département du Nord,» 1899. Daumet, *Etude sur l'alliance de la France et de la Castille*, 1898. Leroux, *Recherches critiques sur les relations politiques de la France et de l'Allemagne, 1292-1378*, 1882.